

***Excesos y agonías: Manifestaciones de lo trágico en el teatro chileno de posdictadura y en la escena reciente (1989-2020).* De Anastasia Ayazi De Marchi y Javiera Larraín George. Santiago: Editorial OsoLiebre, 2024**

Valentina Villegas Montoya
valentina.v.montoya@gmail.com

Y ya está. Ahora el resorte está tenso. No tiene más que soltarse solo. Eso es lo cómodo en la tragedia. Uno da el empujoncito para que empiece a andar [...] La cosa marcha sola. La máquina es minuciosa; está siempre bien aceitada. La muerte, la traición, la desesperanza están ahí, bien preparadas: los estallidos, las tormentas, los silencios, todos los silencios.

Jean Anouilh, *Antígona* (1944)

En la versión de *Antígona* del dramaturgo francés Jean Anouilh, El coro irrumpe en escena para establecer la diferencia entre el drama y la tragedia. Mientras el primero ofrece al *hombre* posibilidades de salvación, la tragedia, en cambio, opera con una “limpieza” que no ofrece tal esperanza; resulta imposible escapar del determinismo del destino, que no admite salvación ni esperanza alguna. Irónicamente, esa misma implacabilidad es lo que hace que la tragedia sea tranquilizadora. Esta idea de “limpieza” abre un terreno fértil para reflexionar sobre la vigencia de la tragedia en la modernidad. Si el drama permite atisbos de salvación, la tragedia insiste en la caída inevitable, y aun así —o precisamente por ello— seguimos retornando a ella.

Esa inquietud es retomada por Anastasia Ayazi y Javiera Larraín en *Excesos y agonías. Manifestaciones de lo trágico en el teatro chileno de posdictadura y en la escena contemporánea (1989-2020)*, un exhaustivo y minucioso estudio que traza el concepto de lo trágico desde sus orígenes clásicos hasta su presencia en el teatro chileno de posdictadura. Desde las primeras páginas, las autoras formulan dos preguntas centrales: “¿por qué volvemos una y otra vez a la tragedia?, ¿qué fuerza arrastra a la humanidad hacia ella?” (Ayazi y Larraín, 2024, p. 9).

Según plantean, en la Antigüedad la tragedia operaba como una forma de dar sentido y orden al mundo. En la modernidad, en cambio, lo trágico se convierte en una experiencia que permite sobrellevar las contradicciones y el fracaso, incluso despojado de su carácter sacro. De este modo, lo trágico mantiene una función reguladora y liberadora: posibilita habitar la incertidumbre sin necesi-

dad de ilusiones de victoria o redención (p. 9). Ahora bien, estudiar la presencia de un imaginario y de una construcción escénica de lo trágico en el teatro chileno desde los estudios teatrales implica un desafío, pues este campo ha abordado históricamente la tragedia en tanto texto, relegando la puesta en escena y su teatralidad.

La primera parte del libro, titulada “Diatribas dionisiacas. El devenir de la tragedia a lo trágico”, ofrece un recorrido histórico y conceptual que va desde la tragedia griega hasta la configuración de lo trágico como categoría estética. Allí, las autoras articulan un marco teórico que dialoga tanto con la tradición filosófica como con los estudios teatrales, retomando la noción de Hans-Thies Lehmann de la tragedia como “experiencia trágica”. Para Lehmann, esta “se entiende desde su capacidad de estructurar performatividades para afectar a su espectador de un modo específicamente trágico” (p. 36). En este sentido, lo trágico no aparece como un concepto separado de la tragedia, sino como una perspectiva subjetiva que permite comprender el orden del mundo en la modernidad (p. 60).

El capítulo culmina con el apartado “El trauma y lo trágico”, donde surgen nuevas interrogantes que ahondan y complejizan la línea de análisis propuesta: “¿hasta qué punto el teatro y la performance pueden representar un trauma? ¿Y en qué medida lo trágico ofrece una vía para comprenderlo en sus dimensiones personales y sociales?” (p. 69). Así, la pregunta inicial —¿por qué retornamos a la tragedia?— se expande en otra que explora cómo lo trágico puede articularse en la escena chilena contemporánea para abordar el trauma.

La segunda parte de la investigación reúne tres ensayos dedicados a la manifestación de lo trágico en obras producidas al inicio de la posdictadura, período aún marcado por la persistencia del legado de violencia de la dictadura cívico-militar. En este marco, *Nanaqui* de Mauricio Celedón y el Teatro del Silencio, *La huida* de Andrés Pérez y la *Trilogía testimonial* de Alfredo Castro y el Teatro La Memoria despliegan recursos vinculados tanto al teatro de la crueldad como a la tragedia clásica respectivamente, interpelando críticamente el trauma histórico y social. Como señalan Ayazi y Larraín:

La verdadera comprensión de la tragedia estribaría no en la comprensión dialéctica de la misma, sino en el abrazo afectivo del sujeto que la padece y que — pese a su funesto destino— logra sobrevivir gracias al consuelo trágico que esta le provee. (2024, p. 115)

Por último, la tercera parte del libro, también compuesta por tres ensayos, aborda las representaciones de lo trágico en el Chile neoliberal, atravesado por el fracaso político de la Concertación, la promesa incumplida de justicia y progreso, y la persistencia de un sistema de mercado heredado de la dictadura. En este contexto, lo trágico funciona como un dispositivo crítico que tensiona el legado posdictatorial y su cultura de la violencia. Las obras analizadas —de Guillermo Calderón, Nona Fernández y Carla Zúñiga— evidencian esta operación a través de diversos matices: desde la melancolía trágica que atraviesa *Escuela*, pasando por la ironía trágica y la alusión a *Hamlet* y a la ceguera en *El taller*, hasta la re-

sistencia trágica en la dramaturgia de Zúñiga, que cuestiona la lógica normativa de los cuerpos en *El amarillo sol de tus cabellos largos*. Así, esta última sección muestra cómo lo trágico se reinventa en clave contemporánea, ofreciendo un prisma estético y político desde el cual interrogar los fracasos, las pérdidas y las tensiones que atraviesan la sociedad chilena actual.

En conclusión, *Excesos y agonías. Manifestaciones de lo trágico en el teatro chileno de posdictadura y en la escena contemporánea (1989-2020)*, propone un viaje que recorre desde el surgimiento de la tragedia clásica hasta su transformación en la modernidad, mostrando cómo lo trágico se desprende de ella y funciona como perspectiva para comprender el orden del mundo.

El análisis de Ayazi y Larraín evidencia la persistencia de lo trágico en el teatro chileno y su capacidad de actualizarse, tensionando los lenguajes escénicos contemporáneos. Esto invita a preguntarse qué nuevas formas adoptará lo trágico en la escena reciente, a partir de los efectos de la revuelta social de 2019 y el fracaso del proceso constituyente, que hoy forman parte del pasado reciente y de la memoria colectiva. Según las autoras, la imposibilidad de romper con los ciclos de venganza y dolor es un recordatorio constante de que nuestra condición humana, lo queramos o no, es inherentemente trágica (p. 52). Frente a esto, solo nos queda seguir la invitación de Ayazi y Larraín a los lectores y sumergirnos “en las tribulaciones de lo trágico” (p. 12).

Referencias bibliográficas

- Anouilh, J. (2009). *Jezabel, Antígona*. Traducción de A. Bernárdez. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- Ayazi De Marchi, A. & Larraín George, J. (2024). *Excesos y agonías: Manifestaciones de lo trágico en el teatro chileno de posdictadura y en la escena reciente (1989-2020)*. Editorial OsoLiebre.